

# LOS CONSULADOS NAZARENOS



## El Quijote a paso de procesión

Marcial Alarcón Martínez  
Cofrade manchego y murciano

Reconozco mi osadía, atreviéndome a escribir este artículo, pues puede parecer al pensamiento más literario, una locura. Pero por otra parte, espero llevar al lector a una aventura, como las ocurridas al Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha; un trasladarse a otra época, sintiendo las similitudes de la obra cervantina con una práctica religiosa conocida por todos, como son las procesiones; y espero salir airoso de dicha aventura y no como el protagonista de tan afamada obra.

Todas las religiones, incluida el cristianismo, recomiendan a sus fieles, determinadas prácticas piadosas y generalizan el uso específico de determinados objetos con significación religiosa.

Pero no sería preceptivo medir la religiosidad por el número o frecuencia de las prácticas religiosas externas, pues sociológicamente la profesión mayoritaria de un determinado credo religioso se traduce en el ejercicio masivo de las prácticas religiosas que le son características y en el empleo generalizado de los objetos o símbolos propios de la religión católica.

Una práctica religiosa de culto público, especialmente usada en la religión católica, es la de las procesiones. Pero no en todas las épocas han sido iguales, sino que han ido evolucionando hasta llegar a ser lo que son hoy.



Antiguamente, consistían en pasar por el interior del templo, o por las calles, o llevar de un sitio a otro el Santísimo Sacramento o las reliquias o imágenes de los Santos. Normalmente encabeza las procesiones una cruz llevada en alto y flanqueada por dos ciriales (varas de madera o metálicas que sustentan sendas velas), signo de gran importancia para los cristianos, por haber muerto en ella Jesucristo, Nuestro Señor. La representamos, bien desnuda o con la imagen del Crucificado pendiente en ella, símbolo más característico del cristianismo.

En la España de Cervantes la cruz presidía las iglesias donde se reunían los creyentes, y las tumbas de los cementerios; las habitaciones más nobles de cada casa; las escuelas donde se aprendían las primeras letras y las aulas universitarias; los despachos oficiales, desde el Palacio Real hasta la oficina del último representante de la administración. También

era muy característico de aquella época, señalar con la cruz el principio de cualquier escrito. Cervantes, en el Quijote, ofrece el testimonio más elocuente sobre la cruz como signo distintivo cristiano en el delicioso



relato que nos hace de la historia del cautivo. Será en el capítulo 40 de la primera parte, al referir los primeros contactos de la bella Zoraida con los encarcelados cristianos. Pero también se alude a la cruz sin mentarla, y que encierra un sentido profundamente religioso, pues próximo Sancho a inaugurar el gobierno de la ínsula, el duque le recuerda cuán necesarias son para ese menester las letras y las armas. A lo que Sancho responderá: «Letras, pocas tengo, porque aún no sé el A B C; pero bástame tener el Christus en la memoria para ser un



buen gobernador». Christus se llamaba a la cruz que encabezaba el abecedario en la cartilla de la escuela, y no saber ni el Christus era el colmo de la ignorancia. Cervantes, pone en boca de Sancho, la famosa frase de San Agustín: «Si Christum nescis, nihil est si caetera noscis; sin autem Christum noscis, nihil es si caetera nescis». (Si desconoces a Cristo, de nada te sirve conocer todo lo demás; pero sí a Cristo conoces, no te importe desconocer todo lo demás).

Junto a la Cruz, o delante de ella, también puede ir el muñidor, función de recadero encargado de dar aviso de las reuniones. Algo se le alcanzaba a Sancho de estas costumbres de los cofrades, ya que según confesión propia dijo: «Por vida mía que un tiempo fui muñidor de una cofradía, y que me asentaba tan bien la ropa de muñidor, que decían todos que tenía presencia para poder ser prioste de la misma cofradía». (Capítulo 21 de la I parte).

Durante las procesiones, tanto el Santísimo como las imágenes de Cristo, de la Virgen o de los Santos, en aquella época son conducidas en carrozas o, preferentemente cuando se trata de imágenes, en andas llevadas a mano o a hombros, que en las paradas, se apoyan para mantenerlas a la misma altura en horquillas o rodri-gones preparados al efecto. Al paso de las procesiones se engalanaban las ventanas y balcones del recorrido y se cubrían con tapices las cosas desagradables a la vista. A menudo formaban parte de las procesiones penitentes que, para no ser conocidos, cubrían sus rostros con capirotos y antifaces. Las procesiones suelen andar lentamente, por lo cual el paso lento se llama en lenguaje corriente paso de procesión.

El recorrido suele ir acompañado de música y canto por parte de los acompañantes y con alegre repique-teo de las campanas desde la torre o espadaña de la iglesia. De ahí el dicho popular: No se puede repicar y andar en la procesión.

En el Quijote se alude varias veces a procesiones. Pues Cervantes, para ponderar la lentitud con que andaba la comitiva de la condesa Trifaldi, dice: «que venían las doce dueñas y la señora a paso de procesión» (II parte, capítulo 38). Y habida cuenta del parecido, no sólo en el paso, sino en el aparato de carrozas e imagerías, poco después menciona a todos aquellos que la espaciosa procesión miraban. Al igual ocurre cuando doña Rodríguez hace la torpe defensa de las dueñas contra Sancho, diciéndole: «hemos de vivir en el mundo y en las casas principales, aunque muramos de hambre y cubramos con un negro monjil nuestras delicadas o no delicadas carnes, como quien cubre o tapa un muladar con un tapiz en día de procesión». (II parte, capítulo 37).



Pero especialmente interesante resulta la descripción que se contiene en la aventura de los disciplinantes, con que termina prácticamente en el capítulo LII la primera parte. El relato, prescindiendo de la intervención de don Quijote, es un documental televisivo de lo que era en tiempos de Cervantes una procesión de rogativas para pedir la lluvia y, más en concreto, una procesión de disciplinantes.

Destacaba en aquella época, entre las formas de penitencia, la práctica de disciplinarse o golpearse voluntariamente las espaldas con instrumentos de varias clases que causasen dolor. Estas prácticas, estaban muy

extendidas en las Ordenes o Institutos Religiosos, pero también se usaba en las asociaciones piadosas de seglares, como por ejemplo, en la Hermandad y Congregación de Esclavos del Santísimo Sacramento, a la que Cervantes perteneció desde 1609 hasta su muerte en 1616, la cual tenía ejercicios de oración y disciplina los lunes, miércoles y viernes.

Pedro Díaz Cassou, escribe en su Pasionaria Murciana, que en Santa Quiteria (San Lorenzo) y San Ginés (San Antolín), salían las penitencias públicas en el primer sábado de cada mes y en el último, y se celebraban ejercicios, dándose disciplina, tres noches en cada semana y en todas las de cuaresma. Que se celebraban procesiones de nocturna disciplina. Relata la procesión así: «La penitencia sale, miradla, delante, llevándola un gran encapuchado, porque raro es el sacerdote que puede con su peso y balumba, abre camino la cruz...



a cada lado del que lleva la cruz, va un sacerdote, a veces un fraile, llevando cada uno un Cristo en la mano derecha. Detrás del porta-cruz y los dos porta-cristos, en doble fila silenciosa, sórdida, repugnante, van los encenizados. Detrás de los de la ceniza, vienen los de la cruz, larga y doble fila en que se confunden clases, edad y sexo; la tenue luz que arrojan los cirios de los encenizados apenas proyecta alguna dudosa claridad sobre los primeros penitentes de cruz, y siguen a estos, en una oscuridad completa, más y más penitentes, encorvados bajo los maderos que sujetan sus manos cruzadas, de las que cuelga el rosario cuyas cuentas pasan rezando silenciosos. Después marchan los de extraordinarias penitencias... Y vuelve al punto de partida, y los más pecadores, se arrodillan y se ponen de bruces, para que los azoten quienes quieran.»

Muchas son las historias, muchos los acontecimientos que a este hidalgo le ocurrieron en su maltrata vida de caballero andante, allá por los Campos de Montiel, en la llanura de una tierra sin igual que es La Mancha, acogedora del personaje y de sus heroicas historias, pero me referiré a ella, a paso de procesión, pues no es otra que la relatada en el capítulo LII, la rara aventura que Don Quijote tuvo con los disciplinantes.

En primer lugar debemos situar tanto al autor como a su ingenioso personaje en relación con la religión. ¿Cómo definir la religión? Ésta es virtud moral con que adoramos y reverenciamos a Dios, como el primer principio de todas las cosas, dándole el debido culto con sumisión interior y exterior nuestro, confesando su infinita excelencia<sup>1</sup>. Y religión católica, que es la que profesamos nosotros y profesó Cervantes y la que asoma la cara a través de la mayor parte de los hechos de Don Quijote, será la virtud moral y la fe, que se nos da en el bautismo, con las cuales adoramos y reverenciamos a Cristo, como a nuestro Redentor, y seguimos su doctrina. Y esta religión y no otra, es la que profesa el ingenioso hidalgo manchego, la que le sale a Sancho por todos los poros del cuerpo y la que practican de buena voluntad gran parte de los personajes secundarios de esta novela.

No podía ser de otra forma, ya que cada uno da de lo que tiene, y aquel soldado de la Cruz, que peleó en Lepanto y derramó su sangre generosa en defensa de la fe de Cristo, aquel, que con su palabra convencía a los cautivos renegados de lo horrendo de su apostasía y los hacía tornar arrepentidos a los brazos de la Iglesia, aquel, que llegó al heroísmo de la caridad cristiana, queriendo sufrir él solo los castigos de una culpa noble, que era común a sus compañeros de cautiverio, cuando intentó la fuga y quiso alzarse con Argel y tornó las cadenas en armas, aquél, que nunca tomó venganza de sus enemigos envidiosos y calumniadores, no podía dar otra cosa de sí que la fe de Cristo en que nació, ni al dar alma a los hijos de su pensamiento les pudo comunicar otra alma que aquella heroica fe.

El Quijote fue lo que le quedó por hacer en bien de sus prójimos, lo que no llevó a cabo atajado por sus desdichas, lo más generoso de su corazón, desprendido y liberal, lo más subido en quilates de su opulenta imaginación y lo mejor concertado de su pensamiento: «aquella estatua que modeló en la oscuridad del calabozo a golpes de desventuras, y rasgueó con el cincel de la risa y perfeccionó con los últimos toques del humorismo, que es amalgama de burlas y de llanto; aquella estatua insigne, a la que después dio por alma su propia alma, soñadora y audaz, con todas las audacias reprimidas en la noche de su prisión y rebosantes de luz y de alegría, como engendradas en aquel corazón sano, con la salud de la nobleza cristiana y que nunca enfermó de envidia, que es ira triste y melancólica y malhumorada, del bien de los demás. La virtud de su héroe fue la fortaleza, la cual tiene dos partes, el acometer y el sufrir, dos virtudes que no fueron vistas en toda su pujanza por humanos ojos, hasta que Cristo Nuestro Señor, acometió la hazaña de hacerse criatura, siendo Criador, y sufrió la muerte, siendo inmortal. Fue Don Quijote un rebelde que, puso la envidia de su meollo y la fuerza de su brazo al servicio del débil contra el fuerte, del oprimido contra el opresor, rompiendo con la ley y con la costumbre, sin pararse jamás a mirar si sus fuerzas guardaban consonancia con el empeño acometido. Muchos son los episodios en los que el valeroso Don Quijote saldrá en defensa del débil y por esa conciencia cuando ve rodar las lágrimas por la cara de la imagen que los disciplinantes llevan a través de los campos en demanda de lluvia, y las lágrimas, aun siendo de vidrio o de plata, remueven lo más hondo de sus entrañas, y por libertar a un ser débil y lloroso falta hasta la palabra empeñada».



Cojamos sitio y adentrémonos ya, a paso de procesión, en la aventura de Don Quijote, y para llamar nuestra atención, al igual que lo hizo con el Cura, el Canónigo, el Barbero y a cuantos con ellos estaban en regocijo y fiesta, oyendo el son de una «trompeta de dolor», como muchas de las que podemos oír hoy en nuestros insignes actos procesionales, e incluso en las Cofradías de Semana Santa o de Pasión que nacieron y se desarrollaron durante el siglo XVI bajo el sentido del dolor, de la aflicción, de la penitencia; no llevaban flores, ni palios, ni bandas de música, los clérigos entonaban algún canto litúrgico o de penitencia y una «*trompeta de dolor*» abría el cortejo<sup>2</sup>. Aquella trompeta también llamó poderosamente la atención de Don Quijote, «... porque el doloroso son de aquella trompeta, que a nuestros oídos llega, me parece que a alguna nueva aventura me llama. Don Quijote se puso en pie volviendo asimismo el rostro adonde el son se oía, y vio que por un recuesto bajaban muchos hombres vestidos de blanco a modo de disciplinantes».

Sonido que convoca a los cofrades, pues nada más oírlo, cuando por calles, plazas o parques, los grupos se encuentran ensayando, nos comunican que cercana está la fecha y que pronto comenzarán los actos previos a la Gran Semana de Pasión, en la que devotamente procederemos a recordar la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

Siguiendo con el relato, podemos comprobar la descripción que Cervantes hace de los vestidos de los disciplinantes, así como que D. Quijote se extrañara de ellos, pues debería estar acostumbrado por las muchas veces que debía haberlos visto. Cervantes da un dato sobre las costumbres de su tiempo y sobre la costumbre de estas procesiones de disciplina muy comunes en aquella época, no tan solo en la Semana Santa, sino también para salir en rogativa. Este es el caso de la procesión de los disciplinantes en esta aventura: «Era el caso, que aquel año habían las nubes negado su rocío a la tierra, y por todos los Lugares de aquella comarca se hacían procesiones, rogativas y disciplinas, pidiendo a Dios abriese las manos de su misericordia, y les lloviese:

<sup>1</sup> Diccionario de la Lengua Castellana de la Real Academia Española.

<sup>2</sup> José Sánchez Herrero, «Evolución de las Hermandades y Cofradías desde sus momentos fundacionales a nuestros días». I Congreso Internacional de Hermandades y Religiosidad Popular. Sevilla 1.999. pág. 35.

y para este efecto la gente de una aldea que allí junto estaba, venía en procesión a una devota ermita, que en un recuesto de aquel valle había».



En cuanto a los trajes se puede leer: «*Don Quijote que vio los extraños trajes de los disciplinantes, sin pasarle por la memoria las muchas veces que los había de haber visto...*» Así también: «*Y en esto llegaron todos los de la compañía de don Quijote adonde él estaba, más los de la procesión, que los vieron venir corriendo, y con ellos los cuadrilleros con sus ballestas, temieron algún mal suceso, y se hicieron todos un remolino alrededor de la imagen, y alzados los capirote, empuñando las disciplinas, y los clérigos los ciriales, esperaban el asalto con determinación de defenderse...*» Vestidos de blanco y cubiertos el rostro con un capirote, parece como

si Cervantes quisiera hacer un homenaje a la vestimenta penitencial de los cofrades, tanto de aquella época como para las venideras, puesto que la semejanza entre las del relato y las actuales no deja lugar a duda.

Y todos estos se refugiaron entorno a una imagen, ¿Qué imagen? ¿Cómo la llevaban? Pues tampoco Cervantes quiere pasar de largo en estos detalles y en su relato nos viene a decir: «... se imaginó que era cosa de aventura, y que a él solo tocaba, como a caballero andante el acometerla: y confirmóle mas esta imaginación, pensar que una imagen que traían cubierta de luto, fuese alguna principal señora, que llevaban por fuerza aquellos follones y descomedidos malandrines...» Será en boca de Sancho, cuando a su señor ve montar en cólera, el que le increpa y pregunta que a dónde se dirige y que demonios lleva en el pecho que le incitan a ir contra nuestra Fe Católica. Y así Sancho le dice a su amo: «*Advierta, mal haya yo, que aquella es procesión de disciplinantes, y que aquella señora que llevan sobre la peana, es la imagen benditísima de la Virgen sin mancilla...*» Imagen de la Virgen cubierta de luto, llorando, tal vez una Soledad o una Dolorosa, aunque estas últimas no suelen vestir de negro, algunas imágenes de la Virgen Dolorosa han sido vestidas completamente de luto, o se han convertido en la Virgen de la Soledad. Lo cierto es que en nuestras cofradías, la Señora enlutada, suele ser ésta última, la Soledad.



No quiero pasar por alto los útiles que se nombran para transportar a dicha imagen, que no son otros que "peana" y "andas". Pues siguiendo el transcurso de la aventura, podemos leer: «*En estas razones cayeron todos los que las oyeron, que Don Quijote debía ser algún hombre loco, y tornáronse a reír muy de gana, cuya risa fue poner pólvora a la cólera de Don Quijote, porque sin decir más palabra, sacando la espada arremetió a las andas*». No más curioso es el dato que da sobre el utensilio utilizado por disciplinantes que la portaban, nos lo cuenta así: «*Uno de aquellos que las llevaban, dexando la carga a sus compañeros, salió al encuentro de Don Quijote enarbolando una horquilla, o bastón con que sustentaba las andas en tanto que descansaba...*» Verdaderamente reconocible y familiar en este relato el "estante", con el que muchos de nuestros cofrades, aquellos que portan nuestros "pasos", utilizan al igual que estos disciplinantes, para sustentarlos en las paradas durante la procesión.

Termina así esta aventura literaria, de otra época, de procesión tan lejana pero tan cercana, con personajes que nos aproximan a nuestras procesiones, a nuestra forma de vestir, a nuestras penitencias, a nuestras oraciones y todo ello a un mismo paso, a paso de procesión.

## Inés Salzillo. Algo más que la hermana de un genio

José María Cámara Salmerón

Recuerdo como en septiembre de 2017 leía un titular en prensa bastante llamativo: "Inés, la luz de los Salzillos" lo firmaba Nacho Ruiz, referencia sin igual en el mundo de las galerías de arte y gran comisario de exposiciones. Aquel titular me llamó poderosamente la atención porque por primera vez se hablaba de otra persona con apellido Salzillo, y no era el maestro D. Francisco. Pese a lo inicial de las investigaciones que se están realizando en estos momentos quiero en esta nueva oportunidad que me brinda la Cofradía de la Caridad de Murcia traeros una pequeña aproximación a Inés Salzillo.



Por todos es sabido que durante el Barroco los talleres de escultura solían ser grandes centros de trabajo donde se reunían diferentes profesionales de diferentes ámbitos para hacer realidad una serie de esculturas, retablos o decoraciones. Generalmente estaba formado por hombres, aunque hay algún caso, como el de Luisa Roldán, que trabajó con su padre en el taller familiar ubicado en Sevilla, o el de la protagonista de este artículo; Inés Salzillo, hermana de Francisco que integraba el taller junto a sus hermanos Patricio o José.

Sus hermanos, con el mismo sentimiento religioso y familiar, ayudaban a Francisco Salzillo en su tarea escultórica. José aprendió pronto el oficio, destacando sus trabajos en piedra; Inés era la encargada de iniciar la policromía y estofado de las imágenes, y Patricio colaboraba activamente, dedicándose con especial cuidado, según la tradición, a la factura de los ojos, así como a restauraciones y las tareas preparatorias en la iniciación de las obras, a las que el imaginero daría su forma definitiva. (Torres, 1977, p.19)

Inés Salzillo nació en 1707 y falleció en 1783. Durante su vida fue la única mujer en el taller de Salzillo. La única que intervino en el proceso creativo que en él se desarrollaba, motivo por el que su trabajo ha quedado muy ensombrecido y oculto al paso de los siglos. Quizás por no interesar señalar a una sola persona más que al nombre de SALZILLO como el genio absoluto de la madera en Murcia durante el S.XVIII, o quizás por las corrientes de investigadores que han relegado a un segundo plano la figura de las mujeres como creadoras de arte.

La poca documentación bibliográfica que hay sobre Inés Salzillo, debido a los motivos explicados anteriormente, si nos dejan claro que la hermana del genio fue la encargada de darle vida a través de las policromías a las tallas del padre del Barroco Murciano, sin lugar a dudas. Al menos hasta 1748 cuando contrae matrimonio.

Ella una de las responsables de ese prodigio de color que son las tallas diseñadas por su hermano Francisco, unas obras que, sin el despliegue de colores y dorados, de estofados y luces, serían mucho menos geniales.

Salzillo es la perfección clásica de los rostros pero también, quizá aún más, el movimiento barroco de los pliegues de sus ropajes, pintados primorosamente por Inés. (Ruiz, 2017)

Sánchez (citado por Botías, 2018) nos dice que Inés Salzillo aprendió dibujo y colorido, acaso bajo la dirección del escultor [su hermano] y, pasado algún tiempo, pudo ayudar a éste estofando imágenes. Tal y como Nacho Ruiz nos asevera en el párrafo anterior.

Lo que es cierto, según diversos autores, es que Inés Salzillo tuvo una importancia capital en el taller de su hermano, y es que hasta que no se casó en 1748 tuvo una gran trascendencia en el taller debido a sus labores de policromado. No debemos olvidar que antes de que Inés abandonara el taller, debido a su matrimonio con el procurador Francisco García Comendador, salieron del taller familiar obras de la enjundia de Nuestra Señora de las Angustias, ubicada en la Iglesia de San Bartolomé de Murcia, la portentosa imagen de San Antón o la Dolorosa titular de la cofradía que edita este anuario. Con lo que es muy probable que cuando vemos esas imágenes estemos ante las delicadas estofas y policromías que solo una mujer; Inés Salzillo, por su delicadeza, podría imprimirle a unas obras de tal grandiosidad. Formando unos conjuntos que han trascendido más allá de los límites de nuestra provincia y que permanecen en el ideario común de los murcianos, al igual que una de las obras cumbres del maestro, La Dolorosa de Jesús.

La realidad es que, como bien señalaba anteriormente, a día de hoy, apenas hay artículos en los que podamos conocer con detenimiento en que obras trabajó Inés. Únicamente encontramos aproximaciones a su vida a través de Concepción Peña-Velasco o algún artículo de prensa, como los de Antonio Botías o Nacho Ruiz, donde reclaman el lugar que se merece para, tal y como dice este último Inés Salzillo, la mujer que ponía el color a las esculturas más famosas del arte murciano.

**Bibliografía:**

- Botías, Antonio (2018, 13 de mayo). Las mujeres que hicieron a Salzillo y Gi larte más grandes. La Verdad. Recuperado de <https://www.laverdad.es/murcia/ciudad-murcia/mujeres-hicieron-salzillo-20180513015130-ntvo.html>
- Ruiz, Nacho (2017, 25 de septiembre). Inés, la luz de los Salzillos. La Verdad. Recuperado de <https://www.laverdad.es/ababol/arte/ines-salzillos-20170925010041-ntvo.html>
- Academia Alfonso X el Sabio y Museo Salzillo. (1977). Salzillo. Murcia: Academia Alfonso X el Sabio y Museo Salzillo.
- Peña-Velasco, Concepción. Inés Salzillo (1717-1775): una mujer en un taller de escultura del Barroco. Boletín de Arte, [S.l.], n. 39, p. 49-72, sep. 2018. ISSN 0211-8483. Disponible en: <http://www.revistas.uma.es/index.php/boletin-de-arte/article/view/4547>.

# SEMANA SANTA Murcia del 12 al 21 de abril 2019



**HOLY WEEK / SEMAINE SAINTE / KARWOCHÉ**

DECLARADA DE INTERÉS TURÍSTICO INTERNACIONAL



## Alhama y su “Fiesta de los Sentidos”

Alejandro García Vivo  
Murcia Devota

El olor a cera quemada y flores, el sonido de las trompetas y tambores se hacen notar año tras año en el corazón de la Región de Murcia, entre las sierras de Carrascoy y Espuña. En medio de estos relieves montañosos, encontramos el municipio de Alhama de Murcia, uno de los lugares que vive con gran intensidad su Semana Santa. Los orígenes de las cofradías pasionarias en esta localidad se remontan a principios del siglo XVII, pues durante esta etapa se tiene constancia de la existencia de la Hermandad de Nuestra Señora de los Dolores. En la actualidad, cinco son las cofradías y hermandades las que representan la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor por las calles de la villa Alhama, haciendo que este hermoso municipio se convierta en una nueva Jerusalén. En sus desfiles procesionales podemos ver grandes singularidades que hacen que esta fiesta sea única en nuestra península.

La Semana Santa alhameña comienza en la madrugada del jueves al Viernes de Dolores, momento en que la Archicofradía de Ntro. Padre Jesús Nazareno, junto a la imagen de Jesús de Nazaret, se dirige hacia la Casa Hermandad de Ntra. Sra. de los Dolores y de la Soledad para felicitar a la Virgen en el día de su Santo. Cientos de alhameños y visitantes son testigos de uno de los sucesos más emotivos: La despedida de Cristo a su Madre en el momento previo de la Pasión, antes de partir hacia Jerusalén. Durante la noche de su festividad, la Virgen de los Dolores, una bellísima obra del escultor José Sánchez Lozano, recorre todos los años las angostas calles del municipio escoltada por la Brigada de Infantería ligera “Rey Alfonso XIII” de la Legión.

El Jueves Santo alhameño también es una de nuestras grandes singularidades. La Guardia al Santísimo por los ‘Armaos’, y las procesiones de la Santa Cena y la del Silencio hacen que este día sea uno de los más importantes de nuestra Semana Santa. Es necesario señalar que hace dos años la Archicofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno adquirió dos imágenes de la Cofradía del Santísimo Cristo de la Caridad de Murcia para completar uno de los pasos de la Procesión de la Santa Cena. Se trata de los dos sayones que aparecían en el anterior paso de La Flagelación de dicha cofradía murciana, obra de Manuel Ardil Pagán, y que fue sustituido en el año 2007 por un grupo escultórico del gran imaginero José Antonio Hernández Navarro. Por otra parte, en esta procesión del Jueves Santo podemos contemplar grandes joyas escultóricas de Alhama, tales como La Samaritana de Lozano Roca, El Santísimo Cristo del Madero de Galo Conesa y la Virgen de la Amargura de José Antonio Hernández Navarro. Por la noche, el silencio en señal de respeto se extiende por todos los rincones de la localidad. La Hermandad de San Juan Evangelista desfila junto al Santísimo Cristo del Rescate y la Virgen de la Esperanza, la Reina del Paso Blanco alhameño, en una de las procesiones más solemnes.



Al día siguiente, por la mañana, se celebra uno de los actos más emblemáticos de nuestra Semana Santa: El Encuentro de Jesús Nazareno con su Madre en la Calle de la Amargura. Junto a María también encontramos a San Juan Evangelista, la Santa Mujer Verónica y Santa María Magdalena. A continuación, un río de colores “moraos”, “coloraos”, azules, blancos y negros recorren las principales avenidas del municipio en una de las procesiones de mayor participación nazarena. Por la noche, el luto y la tristeza invaden el corazón de los alhameños y alhameñas. La Procesión del Santo Entierro es conocida como la “Procesión Oficial” de la Semana Santa de Alhama. El sonido de la banda del Santo Sepulcro, el luto reflejado en la vestimenta de los Titulares de las Cofradías y la elegancia que desprende la Soledad bajo palio es lo más destacable de esta procesión. Al finalizar la procesión, ya en la madrugada del Sábado Santo, numerosas personas y nazarenos de todos los colores acompañan al Santísimo Cristo Yacente hacia la Ermita del Calvario en un solemne traslado.



En la tarde del Sábado Santo, la Archicofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno organiza una de las procesiones más singulares: La Procesión de las Siete Palabras y Santo Sepulcro de Cristo, un cortejo único en la Región y que en muy pocos lugares de España se representa de esta forma. En ella podemos contemplar, además de un maravilloso cortejo fúnebre, los siete momentos en que Cristo pronunció, durante la crucifixión, sus últimas frases:

*“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”*  
*“En verdad te digo: Hoy estarás conmigo en el paraíso”*  
*“Mujer, he aquí a tu Hijo; Hijo, aquí tienes a tu Madre”*  
*“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”*  
*“Tengo sed”*  
*“Todo está cumplido”*  
*“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”*

En esta recopilación de las singularidades de nuestra Semana Santa, debemos hacer especial mención al Domingo de Resurrección alhameño. Es, sin duda, uno de los días más importantes en el municipio y de mayor afluencia de público. Los impresionantes arreglos florales, preparados en la noche anterior con mucho esmero por los propios cofrades, y el baile de los tronos son piezas clave para que este hermoso día sea único en nuestro entorno. Los corazones de los alhameños se colman de alegría y emoción tras ser testigos de la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo y del Encuentro con su Madre. Tras este emocionante suceso, la Verónica, María Magdalena y San Juan Evangelista se unen en un fervoroso baile, simbolizando así la alegría que siente el pueblo de Alhama al ser partícipe, un año más, del triunfo de la vida sobre la muerte.

## Semblanza de la Hermandad de San Pedro Apóstol y Santísimo Cristo de la Esperanza de Alcantarilla

Juan Pérez Salmerón  
Hermano Mayor

Comienza la andadura de la Hermandad de San Pedro allá por el año 1984, cuando un grupo de jóvenes, que ya pertenecían a otras hermandades, se desplazan al taller del imaginero murciano Antonio Labaña para ver lo que les podría costar hacer una imagen de San Pedro para que desfilara en la Semana Santa alcantarillera, teniendo en cuenta que es el patrón del pueblo y el titular de la iglesia más antigua y no existía ninguna imagen. Se le va dando forma a este proyecto con muchas vicisitudes, pero el 29 de junio del año 1986 por fin se bendice la imagen en la iglesia parroquial de San Roque por D. Ginés Pagán, párroco de la misma en aquellos años.



Este grupo de jóvenes siguen con la idea de procesionar en la Semana Santa, y es Jueves Santo del año 1987 cuando por primera vez desfila en la solemne procesión de N.º Padre Jesús Nazareno. Desde ese año y hasta el 1993 la imagen procesiona en un carro a ruedas; será en este último año cuando nace la Agrupación de caballeros portapasos, compuesta por ochenta hombres, que portarán sobre sus hombros al príncipe de los apóstoles hasta la actualidad. La imagen de nuestro titular ha recibido desde entonces varias distinciones como son el Escudo de oro de Alcantarilla, el fajín de Capitán General del Almirante D. Adolfo Baturone y los galones de Capitán de Navío de D. Juan López Marrero.

En 1993 también esta Hermandad crea su máximo galardón al que llamamos el Gallo de Oro; es un acto muy solemne que se compone de dos partes: una la entrega del Gallo de Oro a alguna institución, entidad o persona que haya colaborado con ésta como por ejemplo la Armada Española, la Cofradía del Cristo de la Esperanza de Murcia, la Agrupación de San Pedro de Cartagena, los Obispos Azagra y Lorca Planes, y otra un pregón en el que han intervenido entre otros José Ballesta, rector de la UMU; Adolfo Baturone, Almirante; Ginés Fernández Garrido, coronel interventor; Diego Martínez, rector del Seminario Redemptoris Mater; Juan Tudela, Vicario general de la Diócesis de Cartagena y el Cardenal Rouco Varela, entre otros. Este acto viene celebrándose desde entonces ininterrumpidamente hasta nuestros días.



En el 1995 esta Hermandad crea el Tercio femenino; es un grupo de mujeres que desfilan a toque de tambor (estilo cartagenero) dándole vistosidad y marcialidad a nuestro cortejo procesional. Este año cumplen veinticinco años,

motivo por el cual recibirán el Gallo de Oro.

Inquieta como siempre, esta Hermandad, en el año 1999, se pone en contacto con el imaginero murciano José Antonio Hernández Navarro y le encarga la imagen de un Cristo caminante con un madero sobre los hombros al cual le llamamos el Cristo de la Esperanza; esta imagen nació con el fin de que fuera portada por los alumnos/as de los centros de enseñanza secundaria de Alcantarilla, de ahí que lo llamen el Cristo de los estudiantes. Procesionó por primera vez en la madrugada del Viernes Santo del 2001, saliendo del IES Francisco Salzillo (centro de secundaria más antiguo de la localidad). Como la sede durante todo el año del Cristo está en la parroquia de San Pedro, el quinto domingo de Cuaresma es trasladado en unas parihuelas por estudiantes y acompañado por el pueblo hasta el centro educativo, permaneciendo allí hasta su salida en procesión en la tarde de Jueves Santo, e incorporándose a la solemne procesión de N.º Padre Jesús.

En el 2014 nace la banda de tambores y cornetas Centuriones de San Pedro, compuesta por jóvenes de edades comprendidas entre los 8 y los 30 años, que ponen la banda sonora a nuestro cortejo y participan en varias procesiones de nuestra Región, así como en certámenes y otros eventos musicales como el que se organizó en el Teatro Romea el año 2017.



Recogemos toda la historia de nuestra Hermandad en una revista que venimos publicando, de forma ininterrumpida, desde el año 1999 y en la que se da oportunidad a diferentes colaboradores para que expresen en sus líneas su sentir cofrade; además aparece ilustrada con diferentes imágenes sobre todos los actos que cada año realiza nuestra Hermandad; esta revista se llama Timón.

En el afán de implicar más en la Semana Santa a las nuevas generaciones, este año hemos convocado el I Concurso de pintura y dibujo juvenil sobre la imagen y procesión del Cristo de la Esperanza.

La actividad de la Cofradía no solo se ciñe a la Semana de Pasión, si no que a lo largo del año tiene diferentes actividades como son, la celebración de la onomástica de nuestro titular San Pedro, cada 29 de junio, el Besapié del Cristo de la Esperanza, el quinto domingo de Cuaresma, conciertos de diferentes bandas musicales, así como viajes y jornadas de convivencia para mantener el espíritu de hermandad entre todos los que la formamos.